

HIMNO DE LA CARTA

A LOS COLOSENSES

1. Notas introductorias

Esta carta corresponde a los años de la cautividad de San Pablo junto con Filemón y Efesios. Reflejan, pues, un pensamiento maduro del apóstol, y están dirigidas a comunidades, excepto Filemón, de ciudades de la actual Turquía, Colosas y Éfeso.

Se suele reconocer que son escritos postpaulinos, pero contienen elementos del pensamiento paulino, derivados del apóstol y transmitidos en los ambientes de sus discípulos, que éstos han enriquecido y ajustados con sus propios enfoques teológicos, tratando de presentar el kerigma cristológico en su mundo cultural, el helenista, y judío a veces.

En la comunidad de Colosas predominaba la religiosidad pagana, y todo indica que fue Epafras el encargado de dicha comunidad, pero también incidían elementos judíos en estos cristianos paganos convertidos. Hay que tener cuenta estas circunstancias para recordarnos cómo normalmente los textos bíblicos tienen unos destinatarios con sus problemas, que el mensaje divino trata de iluminar. Habitualmente todo destinatario refleja su mundo conceptual y anímico, que tantas veces intentaba acomodar dicho mensaje a su sensibilidad.

Estas perspectivas las suelen tener en cuenta los autores a la hora de transmitir su mensaje, y éstas se daban en los cristianos de Colosas. El mensaje cristiano se “oía” y “entendía” con esquemas helenistas y judaizantes, a los cuales hay que agregar la influencia de las “religiones de los misterios”, tan en boga en aquella tesitura greco-helenista.

Este cruce de enfoques cristianos, paganos, místicos, judíos confluyen en esta carta, y naturalmente la carta refleja tales rasgos, donde la comprensión de la persona de Cristo adolece de recortes y acomodaciones, que hacían de Cristo un personaje insertado en mundo conceptual ecléctico. En palabras breves, el cristianismo sería el primer grado de la iniciación religiosa, es decir, ofrece una salvación parcial, mientras que la salvación total, más allá de la muerte, sólo la facilitan los seres celestiales, no implicados en la tragedia humana.

Cristo es “uno” de los muchos seres celestiales a la hora de posibilitar la salvación de la persona, una modalidad más en el sistema de las religiones de los misterios. El contenido de la carta tiene como fondo estos presupuestos, y busca clarificar la fe de los cristianos, fundamentalmente paganos, que vivían en este ámbito cultural y religioso, y en este afán hay que situar la reflexión sobre el misterio de Cristo en este himno cristológico.

2. Himno a Cristo, creador y salvador (Col 1,15-20)

Se compone a grandes rasgos de dos estrofas: v.15-17, y v.18-20. La primera describe a Cristo cual imagen del Dios invisible y su supremacía sobre la creación, y la segunda enfatiza su incidencia y presencia en la iglesia, comunidad de fe. Se suele pensar en un origen litúrgico del himno. A continuación ofrecemos unas reflexiones sobre algunos aspectos de este himno, del cual facilitamos el texto para facilitar su lectura.

Estrofa primera:

“El cual es imagen de Dios invisible, primogénito de toda creación, porque por medio El mismo fueron creadas todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, lo invisible y visible, tanto los tronos como las dominaciones, los principados, como las potestades; absolutamente todo fue creado por Él y para Él; y Él mismo existe antes que todas las cosas y todas en Él subsisten”.

(Col 1,15-17)

En esta primera sección Cristo (v.15-17) es confesado “no como uno de tantos”, sino el Único en el marco de la salvación universal. Dios Padre ha pensado un plan divino de salvación que afecta a toda la creación, incluido también el ámbito cósmico. En esta óptica se canta a Cristo como revelador universal. En la carta se presenta un cuadro teológico maduro sobre Cristo creador y salvador a lo largo de la historia de la salvación, que comenzó con la creación, siendo Cristo la imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura. Todo ha sido creado teniendo como mira la consumación final, pero Cristo constituye y posibilita la unidad y armonía de todos los seres, tanto celestes como terrestres. La supremacía de Cristo abarca a todas las criaturas. Este plan no ha sido una improvisación de Dios Padre, sino que refleja el proyecto original, y Cristo es el primero en este proyecto, y lo condiciona plenamente.

En esta tesitura Cristo no es un ser solitario, sino profundamente anclado en todo lo creado, el complemento pleno. En Cristo el hombre alcanzará la plenitud, cuando se abra a su luz.

Estrofa segunda:

“Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia, siendo el principio, primogénito entre los mortales para ocupar el mismo puesto entre todas las cosas, ya que en Él quiso el Padre que habitase toda la plenitud. Y quiso también por medio de Él reconciliar todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, pacificándolas por la sangre de su cruz”.

(Col 1,18-20)

En la segunda estrofa (v.18-20) se introduce un tema quizás un tanto incómodo a los cristianos paganos de esta comunidad, como para los de ahora: la relación de Cristo con los creyentes por medio de la reconciliación. Las criaturas fueron hechas para gloria de Dios, pero con frecuencia el mundo antropológico las desvía con sus errores, y surge el pecado. La presencia de Cristo reconduce la vida de los seres salidos de las manos de Dios Padre por medio de la reconciliación.

Esta reconciliación acontece en la crucifixión de este Cristo para quien y en función del cual habían sido pensadas todas las criaturas. Este aspecto creaba dificultades a los cristianos de raíz helenista, y no sólo en esta carta. Era fácil creer en un Cristo incorporado en un mundo angelical, y misterioso, pero adorar a un Cristo sumergido en la tragedia del hombre y participando solidariamente en este destino y sufrimiento no era del agrado de dichos cristianos. Pues esto es precisamente cuanto se subraya en esta segunda sección, dicho a modo de síntesis. El “paso” de Cristo por este cosmos no fue un gesto romántico, sino que refleja una actitud profundamente solidaria con sufrimiento del hombre, corroborada y sellada con su muerte de cruz.

Este himno lo podemos considerar como un manifiesto, donde se unen y entrecruzan dos planos indispensables y necesarios para comprender la vigencia del mensaje cristiano: el ámbito trascendente y la realidad histórica a medida del hombre y teñida a veces de actitudes absurdas. El evasiónismo espiritual, las reducciones culturales pertinentes, el materialismo de cuño secularizador acechan continuamente a nuestros esquemas en la forma de pensar. El himno une magistralmente ambos enfoques.

En este personaje concreto, Jesús de Nazaret, y Verbo de Dios, se nos recuerda la profunda verdad de nuestra existencia. Recortar algunos de estos perfiles supone empequeñecer nuestra propia comprensión, y hacer menos “realista” nuestra vida.

Miguel Álvarez, ofm